

Arte y literatura

Ejemplo de Don Quijote

«En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo.»

(Quijote, 1.ª parte, cap. VIII)

«*Quítate de ahí, Sancho, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.*» Y allá se fué el caballero loco—loco de amor y de fe—al mediano trote de su cabalgadura, contra aquella mala simiente de gigantes rufos, la lanza en ristre y una oración en los labios.

No vociferes ni hagas aspavientos, Sancho, que gigantes y muy gigantes son los que a tí te parecen molinos de viento. Follones trapaceros que sólo saben hacer mojigangas como las diabli-viejas remilgadas y chillar como los cómicos de la legua y los valientes de pacotilla. No vociferes, que ha de saltar a la vista la pobreza de tu espíritu, y deja a tu señor—que mal o bien te da de comer— en sus empresas. Tú sólo sabes de trahoneros y barranganadas, y no puedes entender ni por asomo de cosas tan altas y escogidas como es la tarea de las armas.

¡Dios te salve, flor y nata de la andante caballería! ¡Bien supiste portarte, como hay Dios, en esta espantable y jamás imaginada aventura! Fuiste el alma de España—dos partes de cota de soldado y otras dos de sayal de franciscano—de esta bendita España nuestra que, por una rara coincidencia, es llana y seca como la Castilla de tus andanzas.

Tu no te paraste a mirar si llevabas ventaja o desventaja, si era fácil o difícil la empresa que ibas a acometer. No miraste siquiera si era posible. Sólo te viste el corazón, y allá te fuiste, contra los gigantes de la sinrazón, truchimanes de la vida birlonga, que no podían comprender tu ilusión lozana como un clavel en flor. Y si hubieran venido en su ayuda—que siempre hay borrachos para defender el vino—Alifanfrones, Merlines y demás granujas de su calaña, ¡tanto mejor! Tú no eres uno de esos Juan Porras cualquiera que se ahogan en un charco ni te cohibes por una aventurilla más o menos que te echen a las barbas. A más moros, más ganancia. Y si la muerte—que es regalona y tornadiza como mujer—llega a tirarte un derrote, siempre te quedaba el recurso del Cielo o del milagro, que la mayor parte de los triunfos de tus empresas han sido siempre milagros, como tu propia vida.

¡Dios te salve, caballero sin tacha y sin trampa! Buenas raíces echó tu ejemplo en nuestros corazones. Mala simiente de gigantes había también por los campos de la Patria; gigantes fulleros disfrazados de molinos pacíficos que tendían sus aspas al viento como una canción de trabajo, gigantes que molían con el agua de las fuentes honradas un pan de diezmo para sus bocas hartas de fanfarrias y de palabras huecas. Mala simiente de gigantes había. Y además muchos Sanchos—demasiados Sanchos—que nos querían meter el contrabando. Pero aún quedaban campeones para decir, como tú, Don Quijote, ¡tente! a los falsos molinos. Aún quedaba sangre luchadora y romántica para echarlo todo a una carta de fé.

Por los caminos de España surgieron, de repente, legiones y legiones de andantes caballeros con adargas pobres, con celadas flojas, con escudos viejos, pero con el corazón bien puesto. Caballeros estudiantes y caballeros campesinos, a quienes el casco de guerra les caía pintiparado en la cabeza

Rosa de los Vientos

Eres mía,
Rosa de los Vientos
y... yo no sé por qué
eres mía

Engaños de noche,
engaños de día,
mostradme el camino
de las estrellas

y ellas
reíanse de mis destinos
y de mis quejas.
¡Mostradme el camino
de las estrellas!

Camino
de estrellas sin luna,
de estrellas que ríen,
de estrellas que lloran,
de estrellas que huyen
de miedo,
de gozo,
de frío,
de celos.

JAIME GENDRA CAPELLA

como a tí el yelmo de Mambrino. Caballeros sacerdotes y caballeros pastores, a quienes las armas se les hacían de nuevas en las manos. Todo lo florido de la Andante Caballería Española. Y no miraran tampoco si llevaban ventaja o desventaja, si era fácil o difícil la empresa que iban a acometer. No miraron siquiera si era posible. ¡Como tú, Don Quijote, como tú! Sólo se vieron el corazón y allá fueron, sonriendo y cantando como si tal, contra la turbamulta de malandrines, rufianazos, follones, alcahuetes, judíos y demás gente de mal vivir que para despistar, se habían encajado lindamente unos muy galanes atavíos de molinos. Allá se fueron para traer, con mejor fortuna que tú, Don Quijote, cinco rosas de triunfo sobre la carne quemada.

La tierra se bebió buenos tragos de sangre moza. En los rastrojos se quedó lo mejor de la cosecha. Pero luego daba gloria mirar al cielo tan claro sobre las hileras de cruces y cruces. Fué para todos el pan más sabroso y el vino más tierno. Volvió el estudiante a sus libros, el campesino a sus bueyes, el sacerdote a su iglesia y el pastor a su rebaño.

Ahora ya hay molinos auténticos por todos los campos de España. Molinos que andan y andan...

MANUEL VELA JIMÉNEZ